

Promesas de felicidad y efectos infelices
en el *Abecedario del estío* de Liliana Lara

Raquel Rivas Rojas

[Texto publicado originalmente en inglés, traducido por Katie Brown, bajo el título “Promises of Happiness and Unhappy Effects in *Abecedario del estío* by Liliana Lara”, como capítulo 8 del libro *Feminine Singular. Women Growing Up through Life-Writing in the Luso-Hispanic World*. María José Blanco and Claire Williams eds. Bern, Peter Lang, 2017, pp 165-187.]

“Ver a mi hijo a punto de ahogarse en el cloro azul de la piscina me llevó a convertirme en instructora de supervivencia y afines. Sus manos alzadas, su nariz tratando de salir del agua mientras yo corría apartando niños, madres y pelotas. Gritaba en mi lengua, pero nadie me entendía. Nadie se inmuta al ver a una madre gritando en la piscina (...). Por lo demás: ¿qué es eso de gritar en una lengua extranjera?, ¿es que acaso estos extranjeros nunca aprenderán a hablar la lengua local?” Así comienza el *Abecedario del estío* de Liliana Lara. Un libro inédito conformado por una serie de 28 entradas que, bajo las letras del abecedario, van dando cuenta del transcurrir cotidiano de una venezolana que vive en Israel.

En este párrafo que da inicio al texto se condensan todas las ansiedades del exilio. La voz que habla aquí, desde la angustia de una lengua extranjera, se desplaza a gritos por un lugar de disfrute y esparcimiento que se ha convertido en un espacio de peligro, donde en un instante las promesas de felicidad de la migración se convierten en amenazas de muerte, uno de los peores efectos de infelicidad que puede vivir el desterrado. Y esa voz que enuncia la desesperación y la urgencia de ser comprendido está plenamente consciente de los efectos que su extranjería produce en los otros. El desdén, ese sentimiento que

rodea siempre al extranjero, se presenta aquí como el afecto que enmarca toda enunciación que se realiza en el espacio en el que las promesas de felicidad del migrante se vuelven añicos.

El yo desterrado

La diáspora venezolana ha producido en los últimos veinte años una serie de textos desarraigados que bien podrían entrar en la definición de escrituras postautónomas o postliterarias propuesta por Josefina Ludmer.¹ Entre estos textos se encuentra una cantidad considerable de discursos de corte autobiográfico o autoficcional, que circulan con frecuencia en su primera versión por las redes sociales, alimentando una conversación aún en curso sobre las identidades posibles del emigrante de origen venezolano.²

Estas escrituras del yo en condición de exilio se anclan en una serie de procedimientos alejados de las construcciones identitarias propias de sujetos que no han tenido que desplazarse de su lugar de origen. En situación de destierro, la fragmentación del yo se da por sentada y es desde ese estallido que se trazan las distintas líneas de fuga que despliega un sujeto que no se propone atar cabos para armar un todo coherente. La autoficción en situación de destierro afirma y enfatiza la dispersión, porque de lo que habla es de la fluidez de toda posible forma de identidad. Y por eso resulta tan reveladora la elección de la palabra “Agua” con la que Liliana Lara inicia su abecedario.

Abecedario del estío es uno de esos textos en los que la escritura del yo se elabora a partir

¹ Ludmer, Josefina, *Aquí América Latina. Una especulación* (Buenos aires, Eterna Cadencia, 2010).

² Con respecto a la literatura de la diáspora venezolana, ver: Rivas Rojas, Raquel, “Ficciones de exilio o los fantasmas de la pertenencia en la literatura del desarraigo venezolano” en: *Exilio y cosmopolitismo en el arte y la literatura hispánica*. Araceli Tinajero, ed., (Madrid, Verbum, 2013); y “Ficciones diaspóricas. Identidad y participación en los blogs de tres desterradas venezolanas” (Cuadernos de Literatura, Vol XVIII No 35, Enero-Junio 2014, pp 226-246.) y Rivas, Luz Marina. “¿Irse o quedarse? La migración venezolana en la narrativa del siglo XXI.” (Actas de las VII Jornadas de Investigación Humanística y Educativa, San Cristóbal, Universidad Católica del Táchira, 2011).

de modelos que producen una autobiografía oblicua, alejada de los discursos edificantes y didácticos del *Bildungsroman*. El impulso de autorrepresentación de este texto transgenérico tiende más bien a poner de manifiesto la dificultad de aprender lecciones definitivas y, por tanto, la incapacidad de dictar pautas de adhesión a relatos abarcadores y fijos. Lo que quisiera proponer aquí es una manera de leer estos textos postliterarios, usando el ejemplo concreto de *Abecedario del estío*, como prácticas discursivas que están construyendo formas alternativas de pensar y sentir la pertenencia.

Autoficción y postliteratura

La autoescritura o autoficción es una de las formas que toma la escritura postautónoma en América Latina. Como ha señalado Josefina Ludmer, hay textos que se pueden definir como “prácticas literarias territoriales de lo cotidiano” (2010: 150). Se trata de textos que se sostienen sobre el postulado de que “la realidad es ficción y que la ficción es la realidad” (151). Ludmer llama “diaspóricas” a estas escrituras, porque son textualidades que se fugan, que no se instalan en ningún territorio específico y que borran la distinción entre la ficción y la realidad. Dice Ludmer:

Estas escrituras diaspóricas no sólo atraviesan la frontera de “la literatura” sino también la de “la ficción”, y quedan afuera-adentro en las dos fronteras. Y esto ocurre porque reformulan la categoría de la realidad: no se las puede leer como mero realismo, en relaciones referenciales o verosimilizantes. Toman la forma del testimonio, *la autobiografía*, el reportaje periodístico, *la crónica*, *el diario íntimo*, y hasta de la etnografía (muchas veces con algún “género literario” injertado en su interior: policial o ciencia ficción, por ejemplo). Salen de la literatura y entran a “la realidad”, a lo cotidiano, a la realidad de lo cotidiano, y lo cotidiano es la TV y los medios, los blogs, el email, internet. Fabrican presente con la realidad cotidiana y esa es una de sus políticas. (Ludmer 2010: 151, énfasis mío).

Pero, sigue Ludmer, “la realidad cotidiana no es la realidad histórica referencial y verosímil del pensamiento realista y de su historia política y social”. Es decir, no se trata de la realidad entendida como acontecimiento, sino de “una realidad producida y construida por

los medios, las tecnologías y las ciencias”. Una realidad que está desde ya constituida por “un tejido de palabras e imágenes de diferentes velocidades, grados y densidades, interiores-exteriores a un sujeto, que incluye el acontecimiento pero también lo virtual, lo potencial, lo mágico y lo fantasmático” (2010: 151).

Estas escrituras apuestan por una dirección contraria a la del distanciamiento que propusieron algunas de las vanguardias experimentalistas del siglo XX. Un distanciamiento que, siguiendo las propuestas de autores como Brecht, se proponía “cultivate a critical perspective” y educar al público en la práctica del “disenchantment” (Felski, 2008: 56). Son textos que toman clara distancia, por ejemplo, de las novelas del boom latinoamericano que, como sostiene Ludmer, “trazaban fronteras nítidas entre lo histórico como 'real' y lo 'literario' como fábula, símbolo, mito, alegoría o pura subjetividad, y producían una tensión entre los dos: la ficción consistía en esa tensión” (2010: 152).

Las literaturas postautónomas no intentan, como las novelas del boom, dejar claramente establecido el territorio separado, autónomo, en el que la ficción se establece en un lugar aparte de la realidad. Al contrario, según Ludmer, lo que intentan es incorporar al lector a un mundo en el que todo es, al mismo tiempo, “realidadficción”. Todo es, por eso, “íntimopúblico”. Porque los adelantos tecnológicos y las redes sociales han borrado la distinción entre la plaza pública y el espacio privado (2010: 152). En ese contexto de lo “íntimopúblico” se están reformulando los pactos tradicionales de lectura.

Ya no se trata siquiera del “pacto ambiguo” que, según Manuel Alberca, establecían las novelas autobiográficas y las autobiografías ficticias (Alberca 2007). Se trata más bien de textos que no exigen un “pacto previo explícito”, como propone Annick Louis, porque son textos que ofrecen una experiencia de lectura en la que no es posible determinar “si se trata

de ficciones o de relatos referenciales” (Louis 2010: 73). Para el lector acostumbrado a moverse en las redes, esa diferenciación se hace cada vez más innecesaria, porque todo se confunde en la misma experiencia de transitar por una realidad que es toda representación. Es en esta continuidad fluida donde se están escribiendo buena parte de las autoescrituras de la diáspora.

Afectos y autoescrituras

Las escrituras diaspóricas en las que se ensayan diversos intentos autobiográficos se instalan en las atmósferas afectivas producidas por el desgarramiento del destierro para interpelar al mismo tiempo los sentimientos de los que quedaron en el lugar de origen como los afectos de los que se dispersan por el mundo en busca de nuevas posibilidades de arraigo. Este doble movimiento responde al fenómeno que ha analizado Lawrence Grossberg, para quien la cultura es, hoy en día una máquina de producir cercanías y distanciamientos, una red de inversiones afectivas trazadas sobre mapas de pertenencia que señalan lugares de otredad. En otras palabras, según Grossberg, vivimos rodeados de “aparatos afectivos” que organizan la escala de lo que importa, de lo que cuenta, del valor que tienen los eventos y las acciones y nos indican dónde debemos detenernos a producir o a dejar que se produzca una intensidad (Grossberg 2012: 238-9).

El estudio de textos autoficcionales, desde la perspectiva de la teoría de los afectos serviría , entonces, para señalar los lugares en los que las máquinas diferenciadoras siguen trabajando para producir otredades. Pero también puede servir para ubicar y potenciar esos espacios en los que se produce, en palabras de Brian Massumi, “the emergence of a new belonging” (2002: 83). Es por eso que quisiera proponer la lectura del *Abecedario del estío*, de Liliana Lara, junto a las reflexiones que hace Sara Ahmed con respecto al “melancholic migrant” que en una geografía afectiva puede marcar el territorio del afecto

con “sore points” en los que se muestran los sentimientos en carne viva y donde “the unhappiness of difference” se hace visible como “an historical itinerary” (Ahmed 2010a: loc 2682-2711). Porque a través de una descripción minuciosa de las palabras que evocan recuerdos, vivencias o nostalgias, Liliana Lara construye en su *Abecedario* un territorio sin patria, sin héroes, sin destinos manifiestos, pero también, y sobre todo, un lugar en el que las promesas de felicidad tienen siempre un reverso nostálgico y casi trágico cuando se cuentan desde la perspectiva del infeliz (Ahmed, 2010a: loc 361).

Transgénero y autoficción

Una de las formas que adquiere la literatura postautónoma en América Latina se encarna en textos que hacen gala de una condición transgenérica. Se trata de textos que se niegan a pertenecer a una casilla o a dejarse etiquetar en un género estricto. En Venezuela estos textos han proliferado de tal modo que existe desde el año 2001 un premio a los mejores ejemplares de esta transgresión genérica.³ Transgénero se refiere, en este caso, a textos que no tienen que responder a una forma específica o cerrada de escritura. Textos híbridos que mezclan la narrativa con el ensayo, la poesía con el diario íntimo, la crónica periodística con la autoficción. En ese sentido, los textos transgenéricos hacen gala de una de las características más evidentes de la cultura latinoamericana: la hibridez. Como han planteado latinoamericanistas que van desde Renato Ortiz hasta García Canclini y Martín Barbero, la mezcla de lenguajes, legados, tonos, medios y géneros ha formado parte constitutiva de la cultura del continente al menos desde los tiempos coloniales. Y es esta mezcla lo que ha perdurado hasta hoy. Sin embargo, su institucionalización en el campo literario ha sido lenta y apenas ahora está comenzando a convertirse en norma.

³ El Premio Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana es ya una institución y su convocatoria anual es uno de los acontecimientos culturales más esperados en Venezuela. Este texto inédito de Liliana Lara quedó finalista del Premio Transgenérico en el año 2013 (año en que ganó Gustavo Valle con *Happening*) y debido a los avatares de la industria editorial local no ha salido todavía al mercado, aunque está en vías de ser publicado.

Ya se ha vuelto un lugar común sostener que las redes sociales han estado entre los más importantes catalizadores de la hibridez que permea la cultura hoy en día. Se trata en realidad de un fenómeno global y no sólo de la circulación de bienes culturales en América Latina. Entre las múltiples plataformas digitales, el blog se ha constituido en el espacio ideal para explorar los límites de la autoescritura⁴ y estrechar aún más las posibilidades de ese pacto abierto de lectura que se establece entre los autores que hablan de sí mismos y los lectores que han dejado ya de preocuparse por distinguir entre lo que es real y lo que pertenece al territorio de la ficción.

Abecedario del destierro

Liliana Lara comenzó a publicar, el lunes 19 de septiembre de 2011, en su blog⁵ las entradas que después se convertirían en el *Abecedario del estío*, siguiendo la inspiración de dos libros en los que se hace un ejercicio similar: el *ABC* del poeta polaco y premio Nobel Czesław Miłosz y el abecedario del escritor israelí de origen polaco Dan Tsalka, inspirado a su vez en el texto de Miłosz. El 25 de septiembre, Liliana publicó la última entrada, "Z de zapatos" en su blog. El 27 de noviembre de ese mismo año, anunció que retiraba del blog todas las entradas del *Abecedario* para "convertirlas en otra cosa". El resultado de la revisión y ampliación de esos textos originales es el libro que envió al concurso transgenérico bajo el título *Abecedario del estío*.

En estos textos híbridos se combina la autoficción con la crónica para crear un pacto de lectura propio de las textualidades postautónomas, más cercano a la complicidad que a la ambigüedad. Son textos que recorren un territorio en el que el paisaje israelí se confunde

⁴ Para una teoría de la práctica del blogging, ver Jodi Dean, *Blog Theory: Feedback and Capture in the Circuits of Drive* (Cambridge, Polity Press, 2010).

⁵ El blog original de Liliana Lara era: memoriasdelamamacita.blogspot.co.uk. Desde noviembre de 2012, Liliana anunció que se mudaba a lilianalara.wordpress.com, donde sigue escribiendo sobre su experiencia de desterrada.

con el origen maturinés que la extranjera guarda en su memoria y con todas las posibilidades identitarias de vivir en una encrucijada cultural. Por esta serie de textos dispersos transitan las dichas y los miedos, los conformismos y las rebeldías de quien se adapta, se pliega y se resiste, en partes iguales, a la nueva cultura. Un proceso que permite, también, tomar distancia para hacer balance y cuenta nueva.

Este proceso se hace evidente en textos como “C de cuentos”, donde se relata el modo como la irrupción en la vida cotidiana de un mapa de Maturín –la ciudad natal de la autora– desata una disputa familiar. Cuando el marido pega en la pared ese fragmento que representa el hogar que la autora ha dejado atrás, la reacción no se hace esperar: “A ningún venezolano –le dije– se le ocurriría la estrafalaria idea de poner un mapa de Maturín en la pared de la cocina. Que él no era venezolano –me dijo– y que había pensado que ya que soy maturinesa me gustaría ver ese mapa. Pobre –pensé moviendo la cabeza reprobatoriamente – ¡en verdad que es extranjero!” (20 de septiembre; 2013: 10).⁶

Pero el mapa se instala en la rutina cotidiana y comienza a despertar recuerdos, historias, relatos contados por la madre o el padre, imágenes vistas o leídas, colores y sonidos. El mapa no sólo evoca el territorio de origen sino que también despierta en la autora una urgencia de contar, de recrear ficcionalmente un territorio que pertenece más al terreno de la imaginación que al de la realidad. Y ese impulso produce una revelación que se muerde la cola:

A veces escribo para recordar lugares, personas, cuentos que me contaron y que se quedaron en mi cabeza por años. /Aunque mis cuentos no son autobiográficos, a veces escribo para recordar quién fui y de dónde era. /Tuve que agradecerle a D. ese mapa que ningún maturinés pondría jamás en su cocina. ¡En verdad que yo misma soy tan extranjera! (20 de septiembre; 2013: 12).

⁶ Cito por la fecha de publicación inicial en el blog y por el número de página de la versión final en PDF del año 2013.

La irrupción del mapa genera aquí un contraste entre la realidad del presente y los juegos de la memoria, disparando una producción textual que muestra la naturaleza ficcional de toda pertenencia. Porque el lugar de origen no es otra cosa que una acumulación de historias escuchadas o reinventadas. Y esa memoria fragmentaria no ofrece un terreno más firme de arraigo que el lugar de llegada en el que el desterrado se instala. Por eso la pertenencia se va construyendo entre la memoria y la vida cotidiana, y gira en torno a afinidades discursivas y afectivas, como puede leerse en las entradas dedicadas a escritores y lecturas.

En “J de Judías”, por ejemplo, Liliana establece lo más parecido a una genealogía afectiva, al hacer una lista de las escritoras que ejemplifican para ella el espacio simbólico que quiere habitar en la literatura como lectora, pero también como escritora. Se trata del territorio de escritoras que se proponen “abandonar la lengua de la infancia” para “despatriarse”, “abarcando otra lengua (...) para escribir lo que se tiene adentro” (1 de octubre; 2013: 31). Este movimiento pendular entre el abandono de la lengua original y la adopción de otra lengua es un correlato del recorrido mismo del sujeto migrante que se ve obligado a vivir en la inestabilidad entre el lenguaje que habla en público y el que habla en la casa.

Un yo íntimopúblico

Ese espacio simbólico por el que transita la reconfiguración de la identidad del desterrado aparece una y otra vez en el *Abecedario del estío* como una marca que, al mismo tiempo, limita y libera al sujeto que se reconfigura en una nueva clave identitaria. Esto se hace evidente en escenas de reconocimiento o interpelación como la que aparece en “Q de Quién”:

–¿Cuál es su nombre? –me pregunta el empleado. /Me quedo callada sopesando la respuesta. Pasan por mi cabeza todas las posibilidades de mis nombres: reales, legales, imaginarias, artísticas, locales, extranjeras. Y como no respondo inmediatamente el empleado me ve con mala cara. Creerá que soy tonta, autista, sospechosa, ladrona, tramposa. Veo barajarse todas las posibilidades de mi condición ante sus ojos, así como se barajan en mi cabeza todas las posibilidades de mi nombre. /Las posibilidades de mi nombre son infinitas –pienso y me causa mucha gracia. Me regocijo con mi pluralidad antes de contestar alguna de las combinaciones posibles./ –Norma Singer –respondo finalmente. (17 octubre; 2013: 52)

Esta escena de interpelación en la que el nombre propio, lo que más claramente distingue a un sujeto de otro, puede ser elegido a voluntad a partir de un repertorio variado, ofrece una de las claves de lectura de los textos del desarraigo. El tema de la desintegración del sujeto que decide conscientemente no reintegrarse, no elegir una versión única, sino mantener la dispersión y reconfigurar su imagen alrededor de una serie de identidades alternativas. Es lo que reitera Liliana Lara –o Norma Singer– en la entrada que se titula “M de Milosz”, al dar cuenta de su deuda con los “alfabetistas” Milosz y Tsalka en la elección del abecedario como género para la autoficción:

Milosz armó su autobiografía a manera de un abecedario. Tsalka –quien también era polaco, pero tomó rumbo al Levante apenas pudo– dice que abecedarios, diccionarios y enciclopedias hay muchos, sin embargo la innovación de Milosz fue darle a su abecedario un carácter autobiográfico y a la vez no hablar directamente de sí mismo sino a través de los otros. Tsalka tomó la idea para sí. Ambos hablaron sobre sí mismos a través de los otros, a través del orden de las letras, uno con el alfabeto polaco, otro con el alfabeto hebreo. (...) Mientras ellos hablaron de personas famosas o acontecimientos históricos, filosofía o política, yo me dedico a redecorarme. No tengo la humildad que se requiere para hacerme a un lado. Como aquella vedette antiquísima de la televisión venezolana llamada –precisamente– "La polaca", me contoneo en el medio del escenario. No en vano pasé horas frente

al espejo cuando era niña tratando de emularla. (5 octubre; 2013: 41)⁷

El sujeto que se “redecora” en las páginas de este abecedario realiza, de nuevo, un mismo movimiento doble: hacerle un guiño a la tradición de la literatura universal a la que pertenecen autores como Milosz y Tsalka y, al mismo tiempo, insertase en un diálogo con el lugar de origen al vincular su discurso con memorias de la cultura mediática local. Este doble frente que jalona la construcción discursiva del desterrado produce también lealtades desfasadas. Por eso, no es de extrañar que este sujeto disperso se vea impedido de ejercer cabalmente el papel de ciudadano.

La participación pública exige, casi como condición de posibilidad, la unidad identitaria. Es por eso que desde una identidad dispersa toda participación o demanda política se disuelve o se confunde. Incluso cuando hay una expresa voluntad de participar, de estar ahí, de enseñarle a los hijos una lección de ciudadanía, el impulso hacia la participación pública no parece tener otro destino que una forma compleja de solipsismo, como se evidencia en la entrada titulada “R de Revolución”:

Grito mal todas las consignas, aunque me las expliquen, me las hagan repetir, me las enseñen escritas en letras hebreas, me las pasen a letras latinas. En medio de *la emoción primitiva de por fin estar de acuerdo con los otros*, la lengua se me distiende y no pronuncio las "ts" ni las "dz". Así que voy diciendo cualquier cosa. *Voy en mi revolución personal. Mi pequeña alegría*: no estoy sola aunque mis consignas sean diferentes. Por fin veo gente que hace a un lado el miedo, la religión, el fanatismo, la cuadradés, la miopía y se echa a la calle a pedir justicia social. A cuenta de una guerra eterna, este país ha escaldado a sus habitantes. Los de allá son bombardeados con misiles reales, los de acá con miedos, impuestos, usura, trampa. (27 octubre, énfasis mío).

⁷ Este texto cambia en la versión final, incluyendo detalles sobre la genealogía de los alfabetos y sobre alfabetistas que han escrito en español.

El hecho mismo de que esta entrada haya sido suprimida en la versión final del libro enfatiza el punto de tensión que es para el desterrado el ejercicio de la política. El texto sobre la revolución fue sustituido por “R de Ranuras” que habla sobre los efectos de la guerra en Gaza. En este nuevo texto, que no formaba parte de las entregas originales, el esposo de la narradora habla desde Israel con “una señora palestina de origen peruano que suele llamar por teléfono desde una Belén sitiada, que queda a unos kilómetros de donde vivo”. Conversan “amenamente” entre ellos, a pesar de vivir en los dos lados opuestos de un conflicto interminable, porque “compartir lenguas maternas es como compartir un secreto, un origen, una historia común” (2013: 56).

En esas conversaciones entre el marido argentino-judío y la señora palestina-peruana, desarrolladas en un idioma cargado de intimidad, se muestra el otro lado de la escena de participación en una manifestación pública, en la que el mal uso del idioma adoptado señalaba los límites pero también las posibilidades de participación del migrante. En estas conversaciones en medio de la guerra hay también una lengua que se distiende, que se reconoce en compañía de otros, que abre espacios de comunicación e identificación, más allá del miedo. Aunque, al final, tengan que despedirse “con un poco de vergüenza” cuando las bombas comienzan otra vez a caer.

El oscuro flujo de los objetos

Ensimismarse, concentrarse en la posición precaria del que mira un mundo preñado de objetos y sujetos vagamente amenazantes es una de las estrategias posibles para ese migrante que nunca termina de encajar. Esto es lo más parecido a un arte poética que se pueda formular desde la distancia. En el fragmento titulado “U de Urbe” nos encontramos con el reverso exacto de los “objetos felices” de los que habla Sara Ahmed (2010b). Se trata de las baratijas que se venden en la estación de autobuses de la gran ciudad –que podemos

presumir es Jerusalem– objetos raídos, opacos, plásticos, discontinuados, entre los que se encuentran, por ejemplo, gorras y franelas de las Olimpiadas del 2004. Ante ellos surge la pregunta que este sujeto melancólico se hace desde un rincón: “¿Qué oscuro flujo de barcos, trenes, manos, cajas, trámites, billetes debajo de la mesa (los ha traído aquí)?” (4 de diciembre; 2013: 64).

Los objetos con los que se encuentra la extranjera recalán en ese batiburrillo de baratijas hechas en Taiwán que se venden en una estación de tren, para recordarnos el otro lado de ese mercado que, en teoría, se nos abriría de par en par en cualquier espacio que esté más allá de las fronteras opresivas de la nación. Para decirnos que ese lugar que nos envía constantemente *promesas de felicidad* también puede ser un territorio de “malos tratos” – en el doble sentido de transacciones desventajosas y maltratos físicos–. Es ese lugar de tránsito que está forzosamente en un margen, en el que la extranjera “de ojos pasmados” espera para siempre un autobús:

Yo, la extranjera, la que lleva la cartera apretada contra el pecho porque es latinoamericana, la que se come un sandwichito frío sentada en el pretil de algún matero, no puedo dejar de pensar que ésta es mi literatura urbana. Si escribo sobre ciudades no puedo escribir sobre el hombre solo y anónimo sino sobre el apelmazamiento de desechos. El suburbio del suburbio. / Los viejos libros de idish, las gorras de Atenas 2004, el religioso con su joroba, la niña que grita (4 de diciembre; 2013: 64).

Pero tal vez de lo que se trata es, precisamente, de mostrar las diferencias y los malentendidos que perpetúan la distancia entre sujetos que convergen sin coincidir, porque vienen de mundos demasiado diversos. Y es en ese encuentro con la identidad del otro cuando la propia identidad parece amalgamarse o, al menos, perder en algo la dispersión del que se disuelve en un mundo globalizado. Ante un sujeto radicalmente distinto, como se cuenta en “W de WiFi” la voz que narra se detiene y se abisma. Se trata

de un hombre “que no sabe leer”, que “apenas conoce la lengua en la que habita”. El hombre se sube a un autobús y con mucha dificultad logra que el chofer entienda a dónde se dirige. El autobús tiene un letrero que el hombre no lee, que no podría entender aunque leyera: “Este autobús tiene WiFi” (11 abril 2012; 2013: 70).

Esta escena de desencuentros muestra que el desterrado vive en medio del contraste entre dos mundos, el mundo del ensimismamiento cultural de sujetos no globalizados y el mundo de la conectividad sin límites, en el que es posible estar a la vez “en un autobús que recorre vías frente al mar, caminos entre pinos y cipreses, carreteras bordeando sembradíos al sur de Israel” y “en una conversación en Caracas” o leyendo “una información sobre Calcuta”. Frente a “este señor vestido como un rey africano” la voz que narra admite: “Soy yo la que no sabe de otras realidades. Seguramente leo mal su anuncio, su traje, las palabras que se le escapan en su lengua” (11 abril 2012; 2013: 71). Y en esa aceptación de la ignorancia con respecto al otro, el yo se reconcentra y se aglutina, siguiendo una de las leyes más tercas de la formación de discursos identitarios, aquella que sostiene que sólo es posible descubrir la identidad cuando se la contrasta con una radical diferencia.

Entre la historia y la heterotopía

El recorrido que va de la dispersión a la reconfiguración identitaria no es, por supuesto, un proceso lineal. El movimiento de las voces que narran el desarraigo venezolano es, en el mejor de los casos, un movimiento pendular, pero resulta circular casi siempre. Porque no parece haber en estas voces una voluntad de regresar a las narrativas lineales en las que el sujeto autobiográfico alcanza un estado específico en la construcción de sí mismo para beneficio de la nación que está ayudando a contruir, como en las ficciones de arraigo tradicionales.

Como ha señalado Silvia Molloy, en su estudio de las escrituras autobiográficas del siglo XIX latinoamericano, “each period has its own views on autobiographical writing and, more precisely, has its own views on memory, on the modes of remembering that will bring self-writing the closest to what the period expects autobiography to be”. Es por eso que la autobiografía “from its very inception, suffers from generic ambiguity” (Molloy 1991: 141). Una ambigüedad que no siempre resultó evidente para los escritores –en su mayoría hombres– que fundaron las autoescrituras latinoamericanas.

Esa tradición masculina estableció un tipo que escritura que ofrecía “a hesitant text, somewhere between history and fiction”. El sujeto masculino de la tradición autobiográfica latinoamericana elegía de forma consciente anular la ambigüedad de su legado textual y definía su texto “as history and, as such, justified for its documentary value”. Esta elección dejaba de lado la esfera de lo cotidiano y lo doméstico, “chanelling recollection along precise lines and conditioning mnemonis habits”, bajo la premisa de que “one does not remember publicly, for history, as one remembers privately” (Molloy 1991: 141).

Al contrario de esta tradición masculina, la escritura autoficcional femenina del destierro en el siglo XXI se niega a funcionar como documento y elige instalarse en los detalles dispersos de la memoria individual. Su gesto de asentar en una plataforma pública –en este caso el blog– los retazos de la vida cotidiana se ubica casi en el lado opuesto de los hábitos mnemónicos de los autores que escribieron sus autobiografías pensando sobre todo en la historia de las naciones que estaban fundando. El impulso de contar el presente, con sus minucias y su aparente intrascendencia, tiende más a lo que se ha llamado intrahistoria, un territorio en el que la voz femenina se expresa a sus anchas, sin establecer jerarquizaciones entre lo que es trascendente y lo que no.⁸ Porque, para la desterrada que construye a retazos su experiencia del presente, los límites entre lo privado y lo público se

⁸ Para un análisis de la escritura intrahistórica en Venezuela, ver Luz Marina Rivas, *La novela intrahistórica* (Mérida, El Otro El Mismo, 2004).

han borrado y la distancia que la separa del lugar de origen hace imposible escribir para la historia patria.

Más bien, lo que hacen estos textos transnacionales y posidentitarios es enarbolar el fragmento como poética. Fragmentos que cuentan el aquí y el ahora, siempre recortados por el marco del allá lejos y hace tiempo. De este modo, enfatizan su filiación con las escrituras en red –el tweet, el blog, los mensajes de texto– que han establecido ya una tradición global, para la cual el sujeto que enuncia está solo frente al mundo. Lejos de construir relatos identitarios vinculados al estado-nación, de lo que se trata es de dar cuenta de otras formas de representación de la pertenencia y de la emergencia de “whatever beings (beings who belong but not to anything in particular)” (Dean 2010: 29).

La autoescritura se construye así en un lugar híbrido, a medias entre la memoria y el olvido, el acontecimiento real y los vuelos de la imaginación. Y es en ese entrelugar donde la pertenencia se reconfigura para producir un nuevo modo de concebir el territorio del origen y poner en escena una mirada estrábica, que es la única mirada que pueden tener los sujetos diaspóricos. Una perspectiva fragmentaria pero abarcadora, que se comparte con un lector que también está afuera y con una comunidad de expatriados que lleva rato ya imaginando, sin pedir permiso, una geografía afectiva. Y construyendo presente, que es como decir haciendo política por otros medios. O, más bien, imaginando biopolíticas en un lugar otro: una heterotopía, para usar el concepto propuesto por Foucault.⁹

Objetos felices y efectos de infelicidad

⁹ Según Foucault: “las heterotopías son, respecto del espacio restante, una función. Ésta se despliega entre dos polos extremos. O bien tienen por rol crear un espacio de ilusión, que denuncia como más ilusorio todavía todo el espacio real; o bien, por el contrario, crean otro espacio, un espacio real tan perfecto, tan meticuloso, tan bien ordenado como el nuestro es desordenado, mal administrado y complicado.” (*De los espacios otros*. Conferencia. 1967. Publicada en 1984. (Disponible en español online en: http://yoochel.org/wp-content/uploads/2011/03/foucault_de-los-espacios-otros.pdf).

La perspectiva del desterrado también se construye sobre lo que Sara Ahmed llama “objetos felices.” Para Ahmed, la investigación sobre los afectos positivos, lo que ella llama *good feelings* –en contraste con los *ugly feelings* de los que habla Sianne Ngai—¹⁰ sirve para mostrar el modo como demarcamos comunidades afectivas en momentos históricos dados. Es decir, la manera en que, incluso cuando construimos comunidades basadas en la felicidad, expulsamos a aquellos que imaginamos como otros. Aquellos que no se dejan impregnar por los objetos, valores o ideas “sticky,” es decir, objetos que nos atraen y que se nos quedan “pegados”. Estos son “sticky objects” porque “they are already attributed as being good or bad, as being the cause of happiness or unhappiness” (2010b: 35).

Pero según Ahmed esos objetos son marcados como “happy objects” por una relación de contingencia producida en situación de diferencia social. Citando Bourdieu's *Distinction*, Ahmed sostiene que los objetos se acomodan en una suerte de “affective differentiation” que es “the basis of an essentially moral economy in which moral distinctions of worth are also social distinctions of value” (2010b: 35). De ahí el papel crucial “that habit plays in arguments about happiness”, porque “the association between objects and affects is preserved through habit.” (id.)

Al detenerse en objetos cotidianos –como los mapas, los juguetes de sus hijos, las baratijas o los detalles de vestuario– Liliana Lara produce en su *Abecedario* un inventario de cosas que ofrecen al mismo tiempo una promesa de felicidad y una serie de efectos infelices, entre los cuales se encuentra la melancolía, esa forma desarraigada de la felicidad. Para Ahmed, “groups cohere around a shared orientation toward some things as being good, treating some things and not others as the cause of delight” (2010b: 35). La promesa de felicidad que estos objetos contienen es lo que nos impulsa a ubicar la felicidad en el futuro. Un futuro en el que será posible adquirir los objetos deseados, en los que se

¹⁰ Ver Sianne Ngai, *Ugly Feelings*, (Cambridge, Harvard University Press, 2005).

encarna la felicidad prometida.

Pero el otro lado de esa promesa tiene que ver con los “unhappy effects” que esa promesa desata cuando no se cumple. En esos casos, los sujetos que no alcanzan la felicidad prometida se quedan afuera, son extraños. Más aún, se empeñan en ser extraños y nos lo dicen, mirando con extrañeza los objetos que en otros contextos serían sinónimo de felicidad, y se niegan a pasar esos objetos, tan anhelados por otros, por el filtro de una afectividad positiva. Al contrario, insisten en marcarlos con un dejo melancólico que los saca de la cadena simbólica de la felicidad.

Es eso lo que hacen los desterrados cuando relatan sus vidas llenas de objetos deseados o deseables (y aquí quien desea es la comunidad de origen) y lo hacen enfatizando la infelicidad que esos objetos causan cuando se miran desde el prisma opaco del destierro. Porque, como sostiene Ahmed, “affects involve perversion” y estas perversiones o cambios de sentido se producen en “conversion points” (2010b: 38) en los que los objetos se atascan y dejan de circular limpiamente como símbolos de valor, de aspiraciones legítimas o de simple “good taste.” Son puntos en los que algo o alguien detiene el flujo y convierte “bad feeling into good feeling and good into bad.” (id.)

La postliteratura del destierro suele meter el dedo en la llaga al crear esos puntos de conversión para llamar la atención sobre una fisura en las comunidades afectivas a las que pertenece su autor. Comunidades que son siempre plurales, porque son al menos dos –la comunidad de origen y la comunidad de arraigo. Habrá quienes descalifiquen este gesto como simple nostalgia. Pero, como propone Svetlana Boym, en *The Future of Nostalgia*, hay añoranzas que nos impulsan hacia el futuro y nos permiten imaginar un horizonte de felicidad más allá de las historias con las que todos estamos de acuerdo. Y es desde estas añoranzas que es posible construir una “diasporic intimacy” que, aunque sea “dystopic by

definition” ofrece al menos la posibilidad de compartir un “longing without belonging” que “is rooted in the suspicion of a single home” (Boym 2001: 252).

Los textos de Liliana Lara crean puntos de conversión en los que se desmontan los mecanismos de los discursos identitarios para mostrarnos sus ruinas, sus pedazos rotos, sus fragmentos desperdigados. Muestran que, en el lugar heterotópico del destierro, todos somos otros. Porque el sujeto diaspórico nunca pertenece del todo a la comunidad de arraigo y, con el tiempo, se distancia cada vez más de la comunidad de origen. De ahí que estos textos se queden en un limbo simbólico difícil de superar. De ahí que este libro haya sido por tanto tiempo un manuscrito inédito. Porque estos textos circulan por redes ajenas al mercado y aunque su aspiración sea entrar en el intercambio local de bienes culturales, la realidad es que están ya hablando de otra cosa –de otros tópicos– y su condición heterotópica los ubica fuera del espacio discursivo en el que desean insertarse. La escritura de la diáspora termina, entonces, atrapada en un callejón sin salida: sin mercado, sin lectores y sin recepción crítica.

Las comunidades afectivas de origen no han habilitado todavía un lugar de legitimidad en el que puedan establecer un diálogo con estos “migrantes melancólicos”. Pero quien más pierde en este juego de silenciamientos y expulsiones es la comunidad afectiva de origen. Porque es en estos textos, que se empeñan en mostrar el límite de esa comunidad, donde se está fraguando una discursividad que habla de afectos alternativos. Una atmósfera afectiva en la que conviven las promesas de felicidad junto a los efectos de infelicidad. Aunque esta felicidad/infelicidad no pase por los mismos objetos ni se encarne en los mismos deseos.

Dice Ahmed hacia el final de su texto:

I think it is the very exposure of these unhappy effects that is affirmative, that gives us

an alternative set of imaginings of what might count as a good or better life. If injustice does have unhappy effects, then the story does not end there. Unhappiness is not our endpoint. If anything, the experience of being alienated from the affective promise of happy objects gets us somewhere. (...) A concern with histories that hurt is not then a backward orientation: to move on, you must make this return. If anything we might want to reread melancholic subjects, the ones who refuse to let go of suffering, who are even prepared to kill some forms of joy, as an alternative model of the social good. (p 50)

Ese modelo alternativo, ese conjunto *otro* de imágenes de lo que podemos llegar a ser, se está fraguando en las escrituras diaspóricas, transgenéricas y postautónomas que constituyen hoy una serie de “unhappy archives” (Ahmed 2010a: loc 376). Escrituras que se lanzan a escribir sobre lo “íntimopúblico” en el lenguaje en el que hablamos todos los días. Porque la melancolía no está reñida con la posibilidad de vivir y expresar “the furtive pleasures of exile” (Boym 2001: 253). Y lo hacen desde una especie de heterotopía disfuncional: un espacio real que está *afuera* y que desde el lugar de origen se imagina como un futuro promisorio. Pero para los que ya están del otro lado, la experiencia del destierro está preñada de efectos de infelicidad. Porque esos sujetos melancólicos que son los desterrados ya han visto el futuro y saben que la promesa de felicidad que ofrecen las heterotopías puede ser, también, un callejón sin salida.

Bibliografía

Ahmed, Sara, *The Promise of Happiness* (Durham, Duke University Press, 2010a, versión digital).

Ahmed, Sara, “Happy Objects”, en *The Affect Theory Reader*, Melissa Gregg and Gregory J. Seigworth, eds. (Durham, Duke University Press, 2010b, 29-51).

Alberca, Manuel, *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2013).

Boym, Svetlana, *The Future of Nostalgia* (New York, Basic Books, 2001).

Dean, Jodi, *Blog Theory: Feedback and Capture in the Circuits of Drive* (Cambridge, Polity Press, 2010).

Felski, Rita, *Uses of Literature* (London, Blackwell, 2008, p 56).

Foucault, Michel, *De los espacios otros* (Disponible online en: http://yoochel.org/wp-content/uploads/2011/03/foucault_de-los-espacios-otros.pdf).

Grossberg, Lawrence, *Estudios culturales en tiempo futuro* (Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2012).

Lara, Liliana, memoriasdelamamacita.blogspot.co.uk; lilianalara.wordpress.com.

Lara, Liliana, *Abecedario del estío* (texto inédito, 2013).

Louis, Annick, “Sin pacto previo explícito: el caso de la autoficción”, en: *La obsesión del yo. La auto(r)ficción en la literatura española y latinoamericana*, Vera Toro, Sabine Schlickers y Ana Luengo, eds. (Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 73-96).

Ludmer, Josefina, *Aquí América Latina. Una especulación* (Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010).

Massumi, Brian, *Parables for the Virtual. Movement, Affect, Sensation* (Durham, Duke University Press, 2002).

Molloy, Sylvia, *At Face Value: Autobiographical Writing in Spanish America* (New York, Cambridge University Press, 1991).

Ngai, Sianne, *Ugly Feelings* (Cambridge, Harvard University Press, 2005).

Rivas Rojas, Raquel, “Ficciones de exilio o los fantasmas de la pertenencia en la literatura del desarraigo venezolano” en: *Exilio y cosmopolitismo en el arte y la literatura hispánica* Araceli Tinajero, ed., (Madrid, Verbum, 2013).

Rivas Rojas, Raquel, “Ficciones diaspóricas. Identidad y participación en los blogs de tres desterradas venezolanas” (*Cuadernos de Literatura*, Vol XVIII No 35, Enero-Junio 2014, pp 226-246).

Rivas, Luz Marina, *La novela intrahistórica* (Mérida, El Otro El Mismo, 2004).

Rivas, Luz Marina, “¿Irse o quedarse? La migración venezolana en la narrativa del siglo XXI.” (Actas de las VII Jornadas de Investigación Humanística y Educativa, San Cristóbal,